

---

## La radicalización de la reacción antifeminista y los desafíos para una izquierda contra-neoliberal

Mesa 52: Teorías críticas del neoliberalismo neo-fascista

Sol Verónica Gui. Facultad de Ciencias Sociales (UBA) / Centro Cultural de la Cooperación,  
[solve.roszas@gmail.com](mailto:solve.roszas@gmail.com)

### Resumen

Los desafíos para las izquierdas argentinas en un escenario de radicalización política por derecha sin dudas llevan marcas de la coyuntura global, pero no por eso deben desatenderse las particularidades del escenario local para pensarlos. En este trabajo nos proponemos analizar la situación político-social partiendo de los aportes que Nancy Fraser y Wendy Brown construyeron para pensar a los sujetos intervinientes en el mapa político estadounidense, marcando distancia con el falso universalismo que tiende a impregnar las escrituras del norte. Esto, partiendo de la reflexión acerca del fortalecimiento, en Argentina, de la polarización política en clave ideológica, y particularmente de los movimientos políticos que se configuran inicialmente en el plano urbano.

Resulta fundamental poner en diálogo perspectivas teóricas distantes para atender tanto a la configuración de las relaciones de fuerza que sostienen al capital como orden social institucionalizado, como a la influencias sobre los sujetos y sus imaginarios que este proceso configura. La apreciación de Brown sobre la susceptibilidad de las afecciones nihilistas a ser articuladas como resentimiento social fundante de una violencia autoritaria oportuna para un neoliberalismo que, leído como racionalidad política, tuvo una capacidad histórica de articularse con diversos sectores para imponerse un proyecto hegemónico, permite plantear una hipótesis que asume como marca de la coyuntura argentina el salto a la esfera pública de un sujeto que se configura a partir del auge de las luchas feministas de 2015-2018. Su emergencia está dada por una reacción a dicho proceso de visibilización de sujetos subalternos, proceso que supuso el desplazamiento del universal masculino o varón blanco cis-heterosexual del centro de la disputa. Como contraparte, las lecturas de Fraser

---

sobre el sujeto de cambio y lo potente de la construcción de un “populismo progresista” resultan oportunas para pensar las tareas de los movimientos emancipatorios, si bien la perspectiva programática de Fraser es matizable dada la pluralidad de actores que configuran el mapa de las izquierdas argentinas y los sujetos a los que dichos agentes atienden.

**Palabras claves: reacción, neoliberalismo, feminismos**

### **1. Introducción: la polarización política en clave ideológica en un contexto de reemergencia de la derecha autoritaria a escala global**

En el presente trabajo pretendo indagar en torno a la emergencia de una reacción conservadora en Argentina como contracara del ascenso de los feminismos a escala global que tuvo como epicentro a nuestro país. Para esto, me valdré de los aportes que Wendy Brown y Nancy Fraser, teóricas estadounidenses del amplio arco de la crítica, esbozan para pensar a las derechas del Norte. Partiré de una lectura general del proceso al cual me voy a abocar, para continuar con una reposición del análisis de Brown en torno al imaginario del neoliberalismo y cómo interviene en el sujeto que este proceso de reacción pretende interpelar. Asimismo, repondré el análisis de Nancy Fraser en torno a los proyectos hegemónicos en pugna y los aportes que su teoría realiza para pensar las condiciones de emergencia de los agrupamientos de derecha. Entendiendo que nada vale esbozar traslados mecánicos entre coyunturas que conservan su grado de especificidad, mediaré estas reposiciones con una lectura propia de la situación política en Argentina y los procesos por arriba y por abajo contra los cuales estas derechas reaccionan.

En Argentina y en el mundo, la demanda de los movimientos feministas en torno a la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo (IVE) se enmarca en lo que llamaremos luchas por la reproducción social: luchas sociales que disputan por las condiciones de reproducción de la vida/fuerza de trabajo. Si bien la cuestión de la reproducción puede presentarse como independiente del desarrollo del capital, en tanto este sea entendido como sistema económico, es parte fundamental del mismo en su carácter implícito, como condición de posibilidad primordial para su pervivencia (Fraser, 2020).

La lucha por la legalización de la IVE en Argentina no estuvo ligada sólo a una demanda por el reconocimiento de los cuerpos gestantes como sujeto con capacidad de decisión, sino

también a la conquista de una serie de derechos reproductivos inscriptos en clave de redistribución, como una disputa por la democratización del acceso a la práctica de la interrupción voluntaria del embarazo, ejecutada en un espacio social desigual. La inscripción de la legalización del aborto como justicia social y cuestión de “salud pública” está presente en los discursos de quienes detentan posiciones a favor de la misma (Seccia y Wegelin, 2020). Asimismo, la presentación del derecho al aborto como demanda por la soberanía de las mujeres y disidencias sobre sus cuerpos ofrece a la demanda de reconocimiento nuevas proyecciones de articulación política con movimientos sociales autóctonos como el indigenista y el ambientalismo (GAGO, 2019), en tanto media un posicionamiento de los cuerpos gestantes como sujetos políticos que carecerían de esa condición en la esfera estatal. La lucha por la legalización de la IVE se instituye como necesidad política en un marco reivindicativo más extenso, al calor del desarrollo de las luchas por la reproducción social de las que también es parte el movimiento contra la violencia machista Ni Una Menos, las asambleas coordinadoras del Paro Internacional Feminista, como expresiones más masivas. Así, la potencialidad del caso argentino no está dada sólo por la masividad del proceso político y la popularización de su debate (siendo una división en la esfera ideológica que trascendió en muchos casos adscripciones partidarias) sino también por las convergencias que los movimientos feministas supieron tejer con un conjunto de demandas con capacidad de universalización, construyendo al calor del movimiento histórico una crítica política amplia con potencial antisistémico.

El nivel de interacción que se dio a partir del debate sobre la legalización de la IVE llevó a que éste sea planteado incluso como un “triumfo de la democracia”<sup>1</sup>, por la capacidad que tuvo la sociedad en 2018 de hacer intervenir posiciones contrapuestas en debates públicos dentro de las instituciones y los espacios de la sociedad civil. Pero la expectabilidad de la discusión también dio lugar a la masificación de posiciones contrapuestas, que llevaban años articulando estrategias lobbistas, de construcción de comunidades religiosas e intervenciones públicas contra la legalización, pero que sin lugar a dudas acumularon durante el 2018 una capacidad de expansión de su discurso y articulación con distintas esferas de lo político que aún continúan en desarrollo. La pervivencia de un activismo anti-derechos<sup>2</sup> que tras la votación en el Senado del 29 de diciembre consignó que “acá no se

<sup>1</sup> Así lo expresa la declaración del por aquél entonces Presidente de la Nación, Mauricio Macri, en sus cuentas personales. <https://www.facebook.com/55432788477/posts/10156787767788478/>

<sup>2</sup> Siguiendo a Loza y López (2020:55), incorporamos la denominación de *antiderechos* correspondiente al activismo feminista, la que busca señalar que “quienes se oponen a legalizar el aborto en realidad están

rinde nadie” y continuó construyendo espacios de discusión y organizativos, problematizando la aplicación de la ley e impulsando sus argumentos en otros países de la región, se expresa también en el plano de la acción al perpetuarse las prácticas concretas de impugnación a la aplicación de la IVE (teniendo a los “escraches” a profesionales de la medicina y referencias de la lucha por la legalización de la IVE como método principal) y el lobby de los actores parlamentarios para obturarla.

Junto a este movimiento, sectores que hablaron de “Nadie Menos” en oposición a la consigna feminista, y quienes reivindican el rol de la mujer como sustento exclusivo de la organización doméstica familiar, construyen y expanden referencias sobre el debate en torno a los diversos niveles de lo que nominan “ideología de género”. Si bien estas articulaciones toman dimensiones regionales e incluso internacionales, resulta llamativo que en el plano de lo nacional argentino se hayan gestado experiencias de convergencia con referentes de la derecha reaccionaria, entre los cuales destacan figuras Agustín Laje, abogado a la impugnación del “marxismo cultural” (Stefanoni, 2021). La reacción converge con diversos referentes, agrupamientos, lobbystas y *thinktanks* que, con historiales dispares, hoy re-emergen en la esfera pública y se instalan en el plano de lo político argentino, en continuidad con procesos ya madurados en países vecinos, donde el Brasil de Bolsonaro es la expresión más clara, o los ensayos económicos de la Escuela de Chicago que construyeron el modelo chileno son colocados como un ejemplo a seguir.

Autoras como Wendy Brown (2020) piensan el caso estadounidense vinculando la emergencia de una reacción conservadora y neoliberal agrupada políticamente con los efectos des-democratizantes de la instalación de las máximas morales del modelo económico neoliberal. Es posible ver una anticipación de las consecuencias de extremar estas diversas experiencias políticas, que radicalizan una perspectiva de continuidad del proyecto ensayado en Brasil y Chile, en el gobierno de Trump y de los partidos de extrema derecha del norte. Estos fenómenos se inscriben en el desenvolvimiento a escala planetaria de lo que podemos pensar como un momento autoritario del capitalismo neoliberal, pero no son una marca de continuidad sino expresión de una revancha “civilizatoria” de distintos elementos que también parecían clausurados y que imponen una visión normativa de lo social y lo político que rompe con los consensos construidos cuando se planteó a la democracia liberal como forma de organización de lo político común definitiva. Esa revancha

combatiendo a los derechos de las mujeres de proteger su propia vida, su salud integral y ,específicamente, reproductiva”.

civilizatoria, como parte del momento autoritario, se funda en nuestra región desde la reacción al reconocimiento de las diferencias, pero también al potencial antisistémico que los movimientos en su defensa detentan.

Los procesos en las sociedades latinoamericanas tendientes a aumentar “la redistribución y el reconocimiento” no están dados sólo por una operación superestructural de las alianzas gobernantes. Al contrario, son en primer lugar producto de la avanzada de diversos movimientos en la construcción de agendas de demandas, de los procesos de resistencia popular anti-neoliberales y del pasaje a la ofensiva de sus actores, que pugnaron por insertar, desde una vinculación innovadora con lo estatal, políticas tendientes al aumento de los movimientos de redistribución y reconocimiento, ampliando la representatividad de sectores sociales oprimidos. El ascenso en el segundo lustro de la década del 2010 de los movimientos sociales que no sólo disputan políticas de reconocimiento, sino que detentan un potencial emancipatorio como los feminismos, movimientos que desbordan la disputa en lo "cultural", son parte de ese amplio proceso que se configura “por abajo y por arriba”, y que se vincula al Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (CINAL) (Ouviaña&Thwaites Rey, 2018: 18-61). Contra ese amplio desarrollo resurgen estos espacios y discursos reaccionarios.

Es necesario atender a las experiencias ya desarrolladas de estas convergencias y trabajar por elaborar mediaciones teóricas válidas si lo que se pretende es desarticular a nivel social e ideológico estos desarrollos. A la luz de un presente convulsionado, resulta claro que hay que descartar toda teoría de anulación de la conflictividad social y de muerte de las perspectivas antisistémicas. La pregunta por qué condiciones sustentan el desenvolvimiento de los procesos históricos se enmarca en la actual falta de capacidad de articulación de las diversas luchas sociales que ponen en agenda el problema de los límites que el capital tiene para el despliegue de su tendencia a la acumulación *ad eternum* (Fraser, 2020) y asimismo, en la violencia material y simbólica contra las clases subalternas que ese propio proceso de acumulación ha intensificado.

Así, la emergencia de un conservadurismo opuesto a la lucha por el aborto en Argentina se inscribe en este panorama general y emerge fundamentalmente como reacción a las impugnaciones al neoliberalismo esbozadas por abajo y por arriba. En función de la anticipación que otorgan sus expresiones más desarrolladas es que resulta interesante retomar los aportes de Wendy Brown y Nancy Fraser, teóricas estadounidenses del amplio

---

arco de la crítica, para recuperar las herramientas que ellas otorgan a la hora de leer la emergencia reaccionaria a la que asistimos.

Pero realizar operaciones de traslado implica necesariamente situar las herramientas teóricas en su contexto de aplicación para construir interpretaciones de lo real instrumentalizables. Por eso creemos importante mediar la reposición con una serie de elementos, en tanto el capitalismo financiero en América Latina reviste especificidades dadas, en primer lugar, por las configuraciones de lo político estatal y el carácter dependiente de las economías de la región. En segundo lugar, las alternativas concretas al modelo neoliberal planteadas (con sus múltiples distinciones) desde arriba y desde abajo durante el CINAL hacen a un polo de la polarización política en clave ideológica en la cual se halla subsumida la Argentina en particular y el continente en general. Y tercero, como ya dijimos, esa polarización política en clave ideológica no está fundada en la región por procesos dados en el ámbito de la mal llamada *realpolitik*, sino que por el contrario se encuentran estrechamente vinculados al historial de organización popular, construcción de redes y movilización social que marca la historia reciente del país. Por tanto, los movimientos sociales no son fácilmente asimilables a uno u otro sector de lo político sino que construyen una agenda propia a lo largo de décadas de resistencia organizada a la imposición del orden social que el neoliberalismo pugna por institucionalizar.

## **2. Wendy Brown: aportes a una lectura de la incidencia del imaginario neoliberal en la polarización político-ideológica**

Si nos encontramos frente a agentes que escapan de las categorías construidas históricamente para clasificarlos, agentes que se encuentran en proceso de configuración en nuestra región, retomar algunos análisis en torno al reciente experimento estadounidense del trumpismo resulta útil para caracterizar un proceso que, en desarrollo, se conecta a experiencias ya maduras y así nos otorga la posibilidad de construir ciertos mecanismos de anticipación.

Para esto, partimos de una pregunta: ¿qué imaginario construye el neoliberalismo? La actualidad de *En las ruinas del neoliberalismo* (2020) para pensar este problema es evidente. A las reflexiones de Brown las atraviesa la preocupación por la emergencia de un sujeto político de nuevo tipo que es rastreable en el panorama propio. La propuesta de articular sus reflexiones con una lectura de la situación actual parte de la necesidad de

hablar de los sujetos y los discursos que los capturan para evitar caricaturizarlos; para desarmar esos discursos y poder combatirlos. Pero el primer problema aparece cuando ese imaginario neoliberal se nos presenta como un *frankenstein* que se desvía del ideario de sus fundadores. Allí, las caracterizaciones de su contenido se vuelven opacas frente a la multiplicidad de actores que pretenden erigirse como la representación más fiel de este proyecto político.

Para pensar este problema, Wendy Brown retoma la lectura foucaultiana que define al neoliberalismo como una *racionalidad*, despegándose de cualquier apreciación del mismo que desatienda el carácter civilizatorio del modelo económico mercantil que proponen diversos gobernantes, partidos, teóricos y activistas como forma de organización no sólo de lo económico, sino de lo social. Brown se interesa por subrayar el “lado moral del proyecto neoliberal” e indagar en torno a sus condiciones de posibilidad, planteando que la normatividad económica neoliberal no persigue meramente un afán mercantilizador de las esferas de la vida, sino que la conjunción entre mercado y moral como operadores sobre lo real concreto detenta efectos des-democratizantes en las sociedades. La relación entre mercado y moral es leída como *convergencia* entre un modelo económico mercantil y conservadurismo inherentes al neoliberalismo, partes constitutivas de su proyecto histórico, y que tienen por función reemplazar las regulaciones y consensos construidos desde el ejercicio democrático de lo político en el plano de lo social. El ataque normativo, conceptual y práctico que estos elementos vinculados profesan hacia *lo social* (a la sociedad como el espacio de lo común) no sólo construyen un rechazo hacia la redistribución y la regulación social; este ataque neoliberal a lo social “es clave para generar *una cultura antidemocrática desde abajo* al mismo tiempo que para construir y legitimar *formas antidemocráticas de poder desde arriba*” (2020: 44). En esa operación, el asalto neoliberal a lo social reformatea el concepto de libertad, siendo apropiado por el neoliberalismo como el derecho al privilegio del verdadero sujeto histórico (el varón blanco nativo trabajador), como forma de libertad asocial excluyente de consensos capaces de construir regulaciones igualitarias y redistributivas en el espacio de lo común. Esta conceptualización de la libertad se refleja claramente en la discursividad que la derecha viene desplegando en su proceso de radicalización: sin ir más lejos, es clara a la hora de leer las movilizaciones anti-cuarentena que se han gestado en el último año.

El planteo de una libertad asocial, separada de una normatividad que otorgue garantías sobre las condiciones de su despliegue para el conjunto de los sujetos en clave de

redistribución, habilita la pregunta por cómo opera la ruptura de consensos fundantes del orden democrático que en Argentina se ven influidos por el historial de construcción de memoria colectiva antidictatorial y el rol del trabajo en el acceso a los derechos sociales. La libertad asocial opera en la ruptura con la bandera de la defensa de los derechos humanos que desde hace décadas se presenta como común al arco político, y así también habilita a la escisión con la perspectiva de justicia social redistributiva que los gobiernos democráticos de Argentina, con mayores o menores contradicciones, han incorporado de una forma u otra.

Si ambos elementos (derechos humanos y justicia social) se reafirman constantemente en la práctica democrática cotidiana, se vuelve un elemento pivotal de la construcción discursiva de las derechas atacarlos de forma directa a la hora de poner en cuestión el consenso en torno a que la democracia, en sí, posee un rol activo en el desarrollo de lo político, como instrumento para la experimentación del destino común que tiene a la sociedad como espacio de ejercicio. De esta forma, una libertad asocial fundada en el derecho al privilegio es un operador que cuestiona lo político-democrático como forma de organización basada en la soberanía popular y la redistribución de los recursos, y así también sirve para cuestionar la pretensión de garantizar niveles crecientes de igualdad material para el desarrollo de lo social que guía el imaginario de la justicia social. En última instancia, la defensa de una libertad asocial logra presentar al imaginario de la justicia social como totalitario, en la medida en que atenta contra el ejercicio individual de los privilegios dados históricamente a determinados sujetos sociales.

Hasta ahora, queda claro que lo político se distingue de lo democrático en la orientación neoliberal. La defensa de la primacía del individualismo se presenta estrechamente vinculada a una mercantilización generalizada de las relaciones sociales que garantizan la producción y reproducción de la vida, y de esa manera defiende la conversión de lxs ciudadanxs a consumidores que es parte fundante del imaginario del neoliberalismo. Entonces, el límite de lo democrático, como forma organizativa específica de lo político, es su fuerte vinculación a la construcción de una *soberanía popular* ligada al gobierno del pueblo, ya que ésta puede dar lugar a formas más extremas que inevitablemente conducirían al ejercicio totalitario del poder estatal.

Es por esto que la defensa de la libertad como privilegio no es un planteo despolitizado sino más bien una repolitización des-democratizante de lo social que demanda el control de lo político y de lo democrático. Esto, para evitar las amenazas que representan los proyectos



que, con distintos niveles de intensidad, han intentado construir una soberanía popular redistributiva y que reconozca a la pluralidad de actores que integran las sociedades latinoamericanas. Es una amenaza sobre los mercados, las libertades individuales y la moral tradicional la que suponen las democracias radicalizadas. Por eso, agregamos, el imaginario neoliberal que hoy expresan determinados agrupamientos de derecha atenta no sólo contra un gobierno u otro, sino contra el ejercicio de la soberanía popular sobre el cual se funda la tradición de las numerosas movilizaciones sociales que construyen agenda política en la Argentina de nuestro tiempo, y contra las amenazas que la imposición de estas agendas en la esfera estatal suponen. En contra de esa amenaza, las derechas construyen discurso y formas de hacer.

Ahora bien, ¿por qué la práctica política de los feminismos es parte fundante de esa amenaza al imaginario neoliberal? Cabe en este punto destacar el planteo que Brown incorpora de la lectura de Melinda Cooper (2017). Según ella, la familia juega un rol fundamental para el neoliberalismo como institución en la cual se atomizan (o al cual son desplazadas) las responsabilidades emanadas de las estructuras sociales del Estado de Bienestar (Wegelin y Alquézar, 2021). El neoliberalismo opera en convergencia con la moral conservadora en defensa de los valores familiares que han sido puestos en crisis, siendo necesario aplicar una visión normativa de la familia que refuerce lo que es entendido por privado y habilite, en esta sintonía, la privatización que supone la transferencia de la regulación social al mercado (Hamburger, 2018). La familia no sólo sería encargada de garantizar la seguridad social de lxs individuos y la reproducción de sus vidas, sino que también actuaría como espacio que aporta sostenibilidad a una moral conservadora resquebrajada desde el Estado dadas las leyes de divorcio, el ingreso de la mujer al mercado de trabajo que desplaza el rol del padre proveedor, el otorgamiento de incentivos estatales a las madres solteras para la sostenibilidad de su vida, las leyes de identidad de género y de matrimonio igualitario.

A esta lectura sobre el rol de lo familiar debemos sumarle, para pensar en los motivos de una reacción antifeminista, la pregunta por cómo el imaginario neoliberal *captura* lo individual-subjetivo, las afecciones que el propio sistema social genera. Esta última pregunta es parte central del estudio de Brown y ella la responde planteando una vinculación no mecánica entre los sujetos y las estructuras políticas, donde la moral juega un rol fundamental para incluir y conducir las afecciones que emanan del panorama actual, pero donde es ese mismo panorama, construido por décadas de racionalidad neoliberal, el que

ha abatido contra las formas tradicionales de la vida en sociedad. Sumándole un condimento a la caracterización ya planteada, para Brown el carácter des-democratizante de lo neoliberal conduce a una instrumentalización de la moral que habilita la articulación política con los sectores más reaccionarios de la sociedad (2020). Sectores que reaccionan en un marco donde se conjuga la *desublimación represiva* marcusiana con las consecuencias de la financiarización de la vida y de los territorios, con la construcción de un mundo global que interviene en las formas de construir la nación. En ese marco, la oposición entre quienes se aferran a estructuras pasadas desarticuladas y quienes asumen las nuevas formas de hacer mundo (que Brown ubica en el cosmopolitanismo) se muestra de manera frontal, como una reacción violenta en la cual la moral neoliberal articula las afecciones que emanan del nihilismo producido no ya por la desacralización de lo divino, sino por una época donde el poder se ha escapado de los sujetos y circula en el espacio mercantil; en donde avistar un futuro se vuelve un desafío para una clase trabajadora derruida por las consecuencias del proyecto neoliberal, y en donde el ataque directo a lo social obtura la construcción de alternativas desde lo comunitario. Quienes no logran asumirse dentro del nuevo marco, sujetos desplazados del centro (clases trabajadoras, sujetos masculinos, blancos y nativos) estarían depositando sus energías en “lo que Nietzsche llamaba “debilitar la voluntad” simplemente para sentir poder cuando la afirmación o la construcción de mundos no están disponibles (...) sin embargo, es importante registrar el carácter activo de esta negación: el rechazo por parte de la derecha de los requerimientos éticos o políticos de que a unx le importe o repare en el mundo es una forma de ‘hacer’” (2020, 196-197”).

Esa neoliberalización de la vida cotidiana que hace base de un resentimiento fácilmente observable en el espacio de lo digital o en las movilizaciones anti-derechos, anti-cuarentena, libertarias, conservadoras no sólo se muestra como una forma de canalizar la angustia y el nihilismo que genera el mundo, sino como ámbito para la construcción de ese “hacer” frente a la imposibilidad de “hacer mundo”. Allí, el presente sigue, hasta cierto punto, siendo abarcado/estructurado por su pasado, pero también comienza a romper o busca romper con él. Y esa ruptura es fácilmente canalizable si se opera para objetivar sujetos presentes en el espacio derruido de lo social, contra los cuales sea posible embestir y a los cuales responsabilizar de la decadencia del mundo, si éste es construido por fuerzas sin rostro como los mercados o los estados que se distancian de la idea de nación. Trasladando el planteo a nuestro problema, estos sujetos son *objeto* de los debates que hacen a la polarización política que se construye en clave ideológica en la Argentina de nuestro tiempo, en la cual este elemento discursivo interviene para asignar responsabilidades, hallar

culpables y construir ataques contra sujetos que encarnen el problema de la falta de trabajo, el debate sobre un Estado que redistribuya en clave de justicia social, y la crisis de los valores familiares. Migrantes de países limítrofes, sujetos excluidxs de la producción formal receptores de planes sociales, integrantes de organizaciones comunitarias en el marco de los movimientos sociales, lxs feministas que buscarían imponer ideologías foráneas y romper con los preceptos culturales que organizan lo social a partir de las estructuras de estatus patriarcal, lxs militantes que disputan contra el asalto neoliberal a lo social.

### **3. Nancy Fraser: las derechas y el pasaje de la reacción a la acción**

A continuación pretendo reponer una serie de lecturas realizadas por Nancy Fraser para pensar la disputa que las derechas plantean, a sabiendas de que resulta importante centrarnos en las especificidades regionales a la hora de pensar contra quién estos grupos reaccionan.

La división entre culturalismo y materialismo impregnó los debates de lo que Nancy Fraser (2015) entiende como tercer ola feminista, y si bien las representaciones de estos polos son claras en el Norte, los niveles de consenso sobre si esta polarización se evidencia también en la práctica política de nuestro territorio son dispares. En ese despliegue práctico situado, son factores diferenciales la constitución de los feminismos decoloniales como continuación de los movimientos indigenistas en el plano de la reproducción social, así como también la pervivencia de disputas en clave de *justicia social* en los feminismos nacionales, disputas que tienen como correlato niveles de articulación crecientes con los sectores más proclives a lo redistributivo de la representación política. Como contracara de esto, el materialismo feminista que Fraser coloca como marca de la segunda ola se escinde de la disputa redistributiva y plantea una agenda de radicalización. Además, la disputa por el aborto legal como momento de confluencia de las diversas agendas tras un objetivo común, entre otros elementos como los espacios organizativos de identidades políticas muy diversas que decantan en las convocatorias a los paros reproductivos, y la real masividad del movimiento Ni Una Menos, son marcas de unidad política dentro de la pluralidad que también identifica al desarrollo de la agenda feminista argentina.

Allí reside la importancia incorporar la noción de *feminismos*, atendiendo al carácter múltiple y no siempre amalgamable de las perspectivas que conviven en un movimiento amplio con sus diversos niveles de tensión, tanto a nivel de la concepción teórica del vínculo entre

patriarcado y capitalismo como en el despliegue de una agenda reivindicativa que de éste se desprende. He aquí un elemento a matizar en la lectura del rol del feminismo del norte que muestra Fraser, quien dibuja una separación entre la agenda redistributiva (arraigada en la estructura económica) y la del reconocimiento (contra la subordinación de estatus). Si bien la autora marca la necesidad de superar esta escisión a partir de una agenda por la representación que entienda a la justicia de género como paridad representativa, y plantea que hacia allí está caminando el movimiento, la idea de *feminismos* supone entender que la diversidad de posiciones y concepciones anteriormente planteada se entreteje en un movimiento con niveles de organicidad relativos, pero que se presenta en la esfera de lo público como un agrupamiento coordinado en torno a demandas fundamentales que construyen, en la práctica, nuevas formas de pensar y hacer mundo. Reducir la disputa por el derecho al aborto, o por el fin de los transfemicidios, a un fenómeno culturalista, supone ignorar algo que subyace en el planteo de los feminismos de nuestra región: que la conquista de la autonomía sobre los cuerpos o la politización de las estructuras de violencia se vinculan a un cuestionamiento directo del capitalismo como *orden social institucionalizado* (2020).

Me detendré un momento en este punto para aclarar la utilidad de este concepto, que Fraser construye partiendo de una relectura de Marx al calor del deseo (no realizado en los debates académicos) de aportar a una crítica sistemática que contribuya con la tarea de aclarar la coyuntura actual a partir de la incorporación de los aportes del feminismo, el poscolonialismo y el pensamiento ecológico (2020: 16). Hablar del capitalismo como *orden social institucionalizado* es sugerir la imbricación estructural y no accidental de la dinámica de explotación del trabajo con la opresión de género, la dominación política y la degradación ecológica, entendiendo asimismo que las divisiones institucionales configuradas en esta articulación no son estáticas sino que varían de acuerdo al régimen de acumulación (2020: 26-28). Esto conlleva pensar al capitalismo financiero como una etapa, una forma histórica específica de organización de la relación entre las esferas mencionadas. Cabe incorporar al planteo de Fraser el hecho de que esta forma asume una especificidad no sólo temporal sino espacial, dada por la división del capital norte-sur y el estado de las luchas sociales específicas que acontecen en los territorios y que afectan el despliegue del capital de forma particular.

En esta lectura más estructural opera un proceso de mediación que atiende tanto a la dimensión de género como a las lecturas que se esforzaron por pensar los efectos del *poder*

*político* como nivel que detenta una autonomía relativa. Ambos momentos se presentan como principios estructurantes de ejes de desigualdad en las sociedades capitalistas; su integración a una crítica sistemática aporta a la definición del capitalismo como orden social institucionalizado y no meramente como modo de producción.

Si vale la pena esta aclaración es porque el potencial antisistémico de los feminismos surge de este entendimiento del entramado social como articulación de diversas formas de opresión y exclusión de los sujetos y porque dicho entendimiento le otorga al movimiento la capacidad de formular una agenda frente a problemas que muchas veces se presentan disociados. Los feminismos vinculan la opresión de género con la producción -la división sexual del trabajo-; con las concepciones de justicia -interviniendo en las lógicas del aparato judicial las estructuras históricas de violencia machista-; con el rol de la familia en la reproducción social -con las femineidades como garantes de la reproducción social y el reconocimiento de los cuidados que esto supone-, etcétera. La disputa por la emancipación de las opresiones que generan las estructuras patriarcales supone, en definitiva, una ruptura con la forma en la que el capitalismo financiarizado gestiona la producción y organiza lo social.

Esto es algo que las derechas de nuestra región han sabido leer, muchas veces con mayor claridad que el activismo progresista o los partidos políticos tradicionales. La construcción a escala regional de la campaña “con mis hijos no te metas”, las articulaciones que en toda Latinoamérica se desarrollan contra la “ideología de género”, el rol de difusión que diversas referencias del movimiento anti-derechos han desarrollado a lo largo de la región los discursos conviven con distintos estratos del libertarianismo en la medida en la que la construcción de lo político es para estos actores “no la unidad de los iguales, sino de los parecidos”<sup>3</sup>. Esos procesos organizativos diversos, que emergen en apariencia de la oposición a la legalización de la IVE, se consolidan contra la crisis de los valores conservadores y contra los movimientos que se organizan para impugnar la agenda neoliberal. Los feminismos fueron el primer movimiento en convocar a un paro general contra el gobierno del macrismo. Ese suceso no fue una operación retórica; supuso la construcción de una acción que, a partir de intervenir en la producción, puso sobre la mesa el rol primordial que las mujeres juegan en el proceso productivo, para disputar hegemonía. En lo ya planteado se deja entrever la imposibilidad de construir, en Argentina, esa alianza que Fraser lee entre neoliberalismo y feminismo en el Norte.

<sup>3</sup> Cita textual de Agustín Laje: <https://www.youtube.com/watch?v=WmYvGw0vZJA>

Sin embargo, lo interesante del planteo de Fraser es que lee la disputa a la cual asistimos en clave de pugna entre proyectos hegemónicos. Sin ánimos de cuestionar su inicial postulación de Trump y de los fenómenos reaccionarios como populistas (dado que se desmarca de ese planteo, acusándolo de gatopardismo por la escisión evidente entre su proclama discursiva y su política económica), vale poner sobre la mesa la caducidad del proyecto del neoliberalismo progresista, que ha articulado en su agenda social demandas por el reconocimiento de las diferencias y así encauzado sectores con potencial antisistémico, y la emergencia de un neoliberalismo reaccionario.

Lo fundamental de su análisis no reside en el binomio en sí mismo, sino en cómo éste da cuenta de que los proyectos hegemónicos en pugna bregan por la continuidad de la financiarización capitalista, siendo falsas alternativas para mejorar las condiciones de vida del masivo pese a no resultar compatibles en el plano de lo social. Mientras el neoliberalismo progresista propone la incorporación de la agenda de las diferencias, el neoliberalismo reaccionario reaviva la alianza con los elementos más conservadores. Ambos sectores operan, con estrategias diferenciadas, en pos de integrar las demandas sociales que emanan del propio desarrollo histórico del capital. En esa disputa, que Fraser plantea como de carácter hegemónico, lo nuevo no termina de nacer y lo viejo no termina de morir. Está claro que en el medio surgen los peores monstruos, y si bien es difícil hacer un traslado mecánico que nos conduzca a leer la polarización político-ideológica que se desarrolla en la Argentina de nuestro tiempo en esa clave, los límites de la derecha cosmopolita para imponer un proyecto hegemónico fueron evidentes y como respuesta a ello, dentro de su propio polo hay elementos que radicalizan discurso y proponen nuevas vías de intervención.

Esos límites se vieron expresados en términos representativos (dada la pérdida electoral) como en la falta de capacidad para contener las movilizaciones de los agentes de la sociedad civil que, en su nivel mínimo, detentaban demandas redistributivas y una agenda de impugnación a la política económica neoliberal (feminismos, organizaciones sociales, ambientalistas, de derechos humanos, sindicales). Los balances negativos de ese déficit son legibles en las disputas a la interna de la coalición derechista mayoritaria (la Alianza Cambiemos), pero también en la emergencia de figuras y espacios que intervienen interpelando a los componentes más reaccionarios de lo social. Esto no supone plantear que la disputa hegemónica que Fraser lee en el escenario bipartidista estadounidense se esté desarrollando a la interna de uno de los polos de la polarización político-ideológica a la cual

---

asiste la Argentina de nuestro tiempo, pero sí que la pregunta por cuál articulación reviste mayor eficacia se encuentra abierta dentro del mismo.

Abriendo el cierre: para Fraser, esa disputa debe ser superada a partir de lo que ella entiende como un *populismo progresista*: un proyecto si no anticapitalista, al menos anti-neoliberal, que plantee las condiciones para devenir bloque contrahegemónico. Es decir, una alternativa que plantee con fuerza la necesidad de la redistribución y, asimismo, se enfoque en la consecución de las demandas de reconocimiento no ya sólo de los feminismos sino también de los movimientos antirracistas, LGTBIIQ+, etc., como paso previo en la transición hacia alguna forma indefinida de post-capitalismo. Este planteo tiene limitaciones, y entre ellas, que cualquier agenda contrahegemónica debe asumir la primacía de la soberanía popular “desde abajo” como elemento clave para la construcción de lo político, y no reducirse a la defensa de las prácticas democráticas que también han mostrado sus limitaciones en clave histórica (Gago, 2019).

Inscribimos el fenómeno de la radicalización por derecha en un mapa político donde conviven múltiples sujetos sociales y movimientos, donde estos tejen alianzas y construyen formas de “hacer mundo”, donde las demandas de los feminismos superan con creces una agenda de mínima y plantean la posibilidad de una disputa, si no antisistémica, al menos contra-neoliberal. Esa agenda, construida desde la pluralidad política que los feminismos expresan, hace que la movilización callejera devenga en momento de demostración de la correlación de fuerzas. Esto obliga a continuar la reflexión en torno a cuáles son las condiciones para que el ejercicio pleno de la soberanía popular en la cual Brown coloca el mayor potencial de las democracias se desarrolle “por abajo” como forma de desborde de las estructuras existentes, y también en torno a cuál debería ser la agenda de las izquierdas frente al hecho de que la ocupación de un espacio que históricamente les fue asignado (el de lo callejero) esté siendo desarrollada también por parte de agentes que pretenderían destruirlo en cuanto tal. Para esto no bastan las formulaciones representativas; es necesario, al contrario, indagar en las potencialidades que la tradición de acción organizada de los sectores subalternos detentan.

# AGRIETAR EL NEOLIBERALISMO EN NUESTRA AMÉRICA



Del 31 de mayo al 4 de junio de 2021



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO



**FCPys**  
FACULTAD DE CIENCIAS  
POLÍTICAS Y SOCIALES

Dirección de Carrera  
de Sociología



#### 4. Bibliografía

ALQUÉZAR, Micaela y WEGELIN, Lucía (2021). *Hacia una epistemología crítica del neoliberalismo autoritario: N. Fraser, M. Cooper y W. Brown en discusión*. En evaluación.

BROWN, Wendy (2010). *Estados amurallados, soberanía en declive*. Titivillus.

(2019). *In the Ruins of Neoliberalism. The rise of antidemocratic politics in the West*. Nueva York: Columbia University Press.

(2020). *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.

COOPER, Melinda (2017). *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*. New York: Zone Books.

FRASER, Nancy (2015). *Fortunas del feminismo*. Traficantes de sueños.

(2019). *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

(2020). *Los talleres ocultos del capital: un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.

GAGO, Verónica (2019) "Excursus. El diagnóstico del neoliberalismo como componente del internacionalismo" en *La potencia feminista o deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires: Tinta Limón. Madrid: Traficantes de Sueños.

HAMBURGER, Jacob (2018). "The Unholy Family" en *Jacobin nro 1/2018*. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2018/01/family-values-neoliberalism-melinda-cooper>

OUVIÑA, Hernán y THWAITES REY, Mabel (2018). "El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura" en *Estados en disputa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo.

SECCIA, Oriana y WEGELIN, Lucía (2020). "Debate por el aborto legal: ¿Qué dicen los que sí y qué dicen los que no?". Revista Anfibia. Disponible en <http://revistaanfibia.com/ensayo/que-dicen-los-que-si-y-que-dicen-los-que-no/>